

Poesía

Don Quijote

*Bernardo Echeverry C.**

Por La Mancha, Castilla, Andalucía,
llevaste tu tristeza alucinante
-santo y poeta y caballero andante-
por la senda de la melancolía.

Bien armado de amor y poesía,
pensando en Dulcinea deslumbrante,
cruzaste el universo en Rocinante
enseñando tu azul filosofía.

Enderezar entuertos fue tu vida
y deshacer agravios la medida
de tu noble y fantástica aventura.

Y enseñarle a los hombres que en efecto,
sólo puede llegar a ser perfecto,
aquel que se embriaga en tu locura.

Rocinante

Bernardo Echeverry C.

Este es el penco triste de La Triste Figura,
que fatigó La Mancha y atacó los molinos
buscando Dulcineas y yelmos de Mambrinos,
sujeto a los arneses de una cuerda locura.

Generoso y estóico recorrió la llanura
que inventara el jinete de los sueños divinos;
Bucéfalo sediento de etéreos caminos
transportó la justicia a golpes de herradura.
Pegaso sin alados arreos siderales,

* Nació en Sevilla(Valle). Inició estudio de Filosofía y Letras y Sociología en la Universidad Nacional. Aficionado a la poesía y la pintura desde la juventud, mantiene tales aficiones en la actualidad, pero con la discreción que estima conveniente para que se mantengan frescas.

sus cascos oficiaron los ritos funerales
de Amadises de Gaula y bravos Lanzarotes.

Y en el temblor eterno de tus ijares magros,
la pluma de Cervantes presintió los milagros
de una lengua gloriosa de futuros quijotes.

Desayuno a tres

Bernardo Echeverry C.

Y volvimos al fin a nuestra infancia,
arriando los caballos del recuerdo
y azuzando un perro herido de nostalgias.

Un gusto evocador y memorioso
a frutos de paraíso ya perdido,
desbordó sin violencia en nuestras bocas
un río inolvidable de fragancias,
un vendaval de aromas y sabores :
vapores de café en aguapanela,
huevo en perico, chocolate amargo
y migas con esquirlas de cebolla
y lunares con sangre de tomate.

Apuntalada por columnas de humo
-humo de los carbones encendidos,
el humo de las velas titilantes,
humo y delicia del asado en ascuas,
humo de algún cigarro amanecido-
arquitectura de humo, la cocina,
castillo medieval del desayuno.

Angel con delantal, la madre andaba
volando entre alacenas y parrillas,
mientras sus manos sabias y alfareras
-en liturgia de masas delicadas-
armaban hostias de maíz trillado

con su pizca de sal y mantequilla;
un poco más de nata y ya la arepa,
sobre un volcán de astillas crepitantes,
doraba sus harinas ancestrales.

En ocasiones se servía ñapa
y una medusa de chunchurria frita
agonizaba destilando grasa,
sobre una luna de maíz tostado;
y si un duende pantagruélico seguía
animando la gula matutina,
un platillo de fríjol calentado,
cerraba la pitanza pueblerina.

Ya cubiertas por mantos de ceniza,
las brasas recibían placenteras
en rescoldo los plátanos maduros...
pudiera que a las diez de la mañana,
alguien que no hizo parte del banquete,
calmara su apetencia sibarita
con un manjar edénico sin nombre :
maduro asado y tasa de “postrera” .

Afuera en el solar, el sol andaba
entibiando naranjos y rosales!

La hora de la comida y las leyendas

Bernardo Echeverry C.

Acordate Javier, que en la cocina
-altar de desayunos y meriendas-
también se cocinaban las leyendas
a la par de condumio y golosina.

Unas veces llegaba una vecina
que hablaba de un jinete sin cabeza,

mientras bebíamos la sobremesa
a sorbos de pavor y santiguadas
y en hirviente sartén las empanadas
eran como almas fritas de tristeza.

Otras, un tío que venía del monte
oliendo a cafetal bien florecido,
afirmaba haber visto, estremecido,
el cuerpo hirsuto de la Madremonte
y escapando detrás del horizonte
un duende cojo y una Pata Sola;
mientras al fondo de una cacerola,
un huevo frito simulaba una
fantasmagórica imagen de la luna
y un perro negro se mordía la cola.

Y nadie se movía de la mesa,
después de que brujas y mohanes
habían desfilado por zaguanes,
dejando olor a azufre y a maleza,
no fuera a ser que en nuestra propia pieza donde el lecho esperaba nuestro sueño, el mismísimo diablo fuera el dueño de cobijas, almohadas y colchones, en tanto que con tinto y chicharrones buscábamos efectos de beleño.

Y en tal chisporroteo de fogones,
a la luz de una vela o de la luna,
mito y leyenda se fundían en una
letanía de miedos y emociones.
Y aunque antes de dormir, sus bendiciones repartían la madre y los abuelos, nadie quería
natilla ni buñuelos:
sólo ansiaba llegar hasta la cama,
de la mano de alguien y en pijama
y entrar en el reino de los cielos